

Huascar, y por consiguiente querian mal á Atahuallpa. Pero su mayor enemigo era Felipillo, el intérprete tumbecino de que ya hemos hecho mencion. Este joven se habia apasionado de una concubina del rey, y aun dicen que le sorprendieron con ella.<sup>15</sup> Esto llegó á oídos de Atahuallpa y lo sintió vivamente, esclamando, "que el haberle agraviado de ese modo una persona tan vil, era aun mas insufrible que su prision,"<sup>16</sup> y dijo á Pizarro, "que segun la ley de los Peruanos, el castigo de esta culpa no se reducía á quitar la vida al delincuente, sino tambien á toda su familia y parentela."<sup>17</sup> Pero Felipillo era demasiado útil á los Españoles para que le despachasen con tan pocas ceremonias, ni acaso creyeron tampoco de tal gravedad una ofensa, que, á ser cierto lo que dicen, ellos mismos autorizaban con su propio ejemplo.<sup>18</sup> Mas Felipi-

15 "Pues estando así atravesóse un demonio de una lengua que se decia Felipillo, uno de los muchachos que el Marqués habia llevado á España, que al presente era lengua y andaba enamorado de una muger de Atahuallpa." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

El amor y el malicioso ardid de Felipillo, que Quintana cree se fundan principalmente en la autoridad de Garcilaso, (V. Españoles Célebres, tom. II. p. 210, nota.) los espresan muy clara-

mente Zárate; Naharro, Gomara y Balboa, todos contemporáneos, aunque no presentes en el ejército como Pedro Pizarro.

16 "Diciendo que sentia mas aquel desacato que su prision." Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 7.

17 Ibid., loc. cit.

18 "E le habian tomado sus mugeres é repartidolas en su presencia é usaban de ellas de sus adulterios." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 22.

llo conoció muy pronto la aversion con que le miraba el Inca y desde aquel momento le juró odio mortal. Por desgracia, su índole maligna halló en breve ocasion de manifestarse.

Las voces que corrian del alzamiento de los indígenas, señalaban por autor de él á Atahuallpa. Chalcuchima fué interrogado sobre este punto, pero declaró que nada sabia de tal proyecto, calificándolo de una perversa calumnia. Pizarro se quejó despues al Inca mismo, refiriéndole los rumores que circulan y fingiendo darles crédito. "¿Qué traicion es esa, le dijo, que meditaís contra mí? ¿contra mí que siempre os he honrado, y me he fiado de vuestra palabra como si fuerais mi hermano?" "Sin duda os chanceais" le suplicó el Inca, quien acaso no conocia toda la importancia de su confesion, "siempre me hablais de burlas. ¿Quiénes somos yo y mi gente para conspirar contra hombres tan valientes como son los Españoles? No os chanceis de ese modo, os lo suplico."<sup>19</sup> "Esto dijo," añade el secretario de Pizarro, "sin mostrar turbacion, sino riendo para disimular su maldad de que los Españoles quedaron espantados de ver en un bárbaro tanta prudencia."<sup>20</sup>

19 "Burlaste conmigo? siempre me digas esas burlas." Xerez. Conq. del Peru. ap. Barcia, tom III. p. 534.

20 Ibid., loc. cit.



Pero segun lo probaron los sucesos posteriores, no habló Atahuallpa á Pizarro con artificio. sino con la conviccion de su propia inocencia. Fácilmente descubrió, sin embargo, los motivos y acaso las consecuencias de esta acusacion. Veíase rodeado de estrangeros, sin poder contar con ninguno para pedirle consejo ni proteccion, y miraba abrirse á sus pies un negro abismo. La vida de un monarca cautivo, es por lo comun bien corta, y la suerte de Huascar debió servir de ejemplo á Atahuallpa para convencerle de la verdad de esta asercion. Mucho lamentó entonces la ausencia de Hernando Pizarro, pues, por estraño que parezca, aquel altivo hidalgo se compadecia de la suerte del real cautivo, y le trató siempre con tal atencion que ganó de un modo particular el afecto y confianza del Indio. Este sin embargo, no omitió esfuerzo alguno para desvanecer las sospechas del general y asegurarle de su inocencia. “¿No soy,” decia á Pizarro, “un pobre cautivo en vuestro poder? ¿cómo podria yo abrigar los desig- nios que me imputan, cuando yo seria la primera víctima de la insurreccion? Muy poco cono- ceis á mi pueblo si pensais que se hará seme- jante cosa sin órden mia, cuando en mi tierra,” añadió con algo de hipérbole, “ni aun las aves se atreverán á volar si yo no quiero.”<sup>21</sup>

<sup>21</sup> Zarate, *Com.* del Peru, lib. 2, cap. 7.

Pero estas protestas de inocencia de poco servian para con las tropas, porque entre ellas seguian tomando cuerpo á cada instante los ru- mores de un alzamiento general de los Indios. Decíase que ya habia reunida una fuerza consi- derable en Guamachucho, á menos de cien millas de distancia del campamento, y debia aguardar- se por momentos el ataque. Las riquezas que los Españoles habian amontonado, eran una presa bien codiciable, y el temor de perderla acrecentaba su alarma. Dobláronse las patru- llas; los caballos se mantenian constantemente ensillados y enfrenados; los soldados dormian con sus armas, y Pizarro hacia sus rondas con toda puntualidad, para ver si cada centinela vi- gilaba su puesto. En una palabra, el peque- ño ejército se hallaba listo como para resistir un próximo ataque.

Cuando los hombres se hallan atormentados del miedo, no suelen pararse en los medios, con tal que desaparezca la causa que lo produce Comenzáronse á oír murmuraciones, mezcladas de amenazas contra el Inca, autor de estas ma- quiuaciones, y muchos empezaron á pedir que fuese sacrificado á la seguridad del ejército. Señalábanse entre todos Almagro y sus solda- dos, pues como no habian presenciado la captu- ra del Inca, no les causaba compasion su des- gracia, y solo le miraban como un estorbo, an-



siosos como estaban de ir á buscar fortuna en la tierra adentro, ya que tan poco les habia tocado del oro de Caxamaleca. El tesorero Riquelme y los demas oficiales reales, les ayudaban. Pizarro habia dejado á estos señores en San Miguel, porque no les agradaba tener sobre sí aquellos espías; pero se habian venido al campamento con Almagro, y pedian con empeño la muerte del Inca, como indispensable para la tranquilidad del pais, y ventajosa para la corona.<sup>22</sup>

Pizarro escuchaba, ó fingia escuchar con disgusto estas siniestras sugerencias, y mostraba grande repugnancia á adoptar medidas extremas contra su prisionero.<sup>23</sup> Habia unos cuantos, y entre ellos Hernando de Soto, que fomentaban estas ideas, y eran de opinion que los delitos de Atahuallpa no estaban tan probados que justificasen la adopcion de tales medidas. En este estado se hallaban las cosas, cuando el gefe español resolvió enviar un corto destacamento á Guamachucho, para explorar la tierra, y averiguar qué fundamento tenian los rumores de una insurreccion. Encargóse la espedicion á

<sup>22</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relacion del Primer. Descub., MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III, fol. 400.

Todos estos sugetos se hallaban entonces en el campamento.

<sup>23</sup> "Aunque contra voluntad del dicho Governador, que nunca estuvo bien en ello." Relacion del Primer. Descub., MS. Igualmente Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, ubi supra.

Hernando de Soto, y como la distancia no era grande se aguardaba que estaria de vuelta dentro de pocos dias.

Partido este oficial, en vez de disminuir la agitacion de los soldados, fué creciendo hasta un grado, que no pudiendo Pizarro resistir á sus importunidades, consintió en que se formase proceso al Inca. Era mas seguro observar las formalidades de un proceso, y era ademas preciso para salvar las apariencias. Organizóse el tribunal presidido por los dos capitanes, Pizarro y Almagro, en calidad de jueces: se nombró un fiscal que pidiese por la corona, y se señaló defensor al reo.

Doce eran los cargos presentados contra el Inca, estendidos en forma de interrogatorios. Los principales eran, que habia usurpado la corona y asesinado á su hermano Huascar; que habia dilapidado los caudales públicos desde la entrada de los Españoles, prodigándolos á sus parientes y favoritos; que era idólatra y adúltero, pues vivia públicamente con un gran número de mugeres, y por último, que habia tratado de fomentar una insurreccion contra los Españoles.<sup>24</sup>

<sup>24</sup> Garcilaso de Vega especifica los cargos hechos al Inca. (Com. Real., Parte 2, lib. 2, cap. 37.) Quisiéramos verlos pormenorizados por alguno de los actores de la tragedia; pero Garci-

laso tenia excelentes oportunidades de adquirir informes, y cuando no hay motivo para mentir, como sucede en este caso, puede uno fiarse de él.—Varios escritores contemporáneos como Go-



Estos cargos, casi todos relativos á costumbres del pais ó á las personales del Inca, sobre lo cual era claro que los Conquistadores no tenían jurisdicción alguna, son tan absurdos, que provocarían á risa si no causasen una impresión mas seria. El último cargo era el único de importancia en semejante proceso, y la debilidad de él puede inferirse por el cuidado que tomaron de darle fuerza con los otros. Bastaba oír especificar los cargos, para conocer que la suerte del Inca estaba ya decretada.

Examináronse varios testigos indios, y dicen que cuando era necesario su testimonio sufría una alteración considerable al ser interpretado por Felipillo. Pronto se dió fin á la información, y segun dice uno de los secretarios de Pizarro, "siguióse una discusión muy acalorada sobre el daño ó provecho que podría resultar de la muerte de Atahuallpa." <sup>25</sup> Aquello se reducía ya á una cuestión de conveniencia. Declaráronle al

mara, Oviedo y Pedro Sancho, 8, cap. 22.) La mayor parte de los autores concuerda en los dos cargos principales, á saber: el asesinato de Huascar y la conspiración contra los Españoles. Oviedo le califica de "un proceso mal compuesto y peor escrito, seyendo uno de los Adalides un inquieto, desasosegado é deshonesto clérigo, y un Escribano falto de conciencia, é de mala habilidad, y otros tales que en la maldad concurrieron." (Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib.

8, cap. 22.) La mayor parte de los autores concuerda en los dos cargos principales, á saber: el asesinato de Huascar y la conspiración contra los Españoles.

<sup>25</sup> "Doppo l'essersi molto disputato, e ragionato del danno et vtile che saria potuto auenire per il viuere o morire di Atabalipa, fu risoluto che si facesse giustizia di lui." (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 400.) Así se espresa un escritor que

fin reo, aunque no nos dicen si de todos los delitos que le imputaban, y fué condenado á ser quemado vivo en la plaza principal de Caxamalca, debiendo ejecutarse la sentencia aquella misma noche. No quisieron ni aun aguardar el regreso de Soto, cuando era evidente que los informes que este trajese, habían de ser muy útiles para corroborar ó desvanecer los rumores que corrían del alzamiento de los indígenas. Era conveniente conseguir que el Padre Valverde aprobase lo hecho, y así le enviaron una copia de la sentencia para que la firmase, lo que hizo sin vacilar, declarando "que en su opinión el Inca merecía la muerte." <sup>26</sup>

Hubo, sin embargo, en el conciliábulo militar, algunos que se opusieron á estas medidas violentas. Decían que era cosa indigna pagar de ese modo los favores que les había hecho el Inca, quien hasta entonces solo había recibido de ellos males. Consideraban las pruebas presentadas como de todo punto insuficientes, y nega-

puede considerarse como el eco de Pizarro. Segun dice, el conciliábulo que discutió la "cuestión de la utilidad" se componía de "los oficiales reales, los del ejército, un cierto doctor letrado que acertó á juntarse con ellos, y el Reverendo Padre fray Vicente de Valverde."—"Hauendo congregato gli officiali di sua Maesta, & i capitani della sua compagnia, & vn Dottore che in

quel tempo se ritrouaua in questo essercito, & il padre fra Briante di val Verde."—Ibid., ubi supra.

<sup>26</sup> "Respondió, que firmaría, que era bastante, para que el Inca fuese condenado á muerte, porque aun en lo exterior quisieron justificar su intento." Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 3, cap. 4.



ban que semejante tribunal tuviese autoridad para llamar á juicio á un príncipe soberano en el centro de sus propios dominios. Si se empeñaban en formarle proceso, añadian, era preciso enviarle á España, para que el emperador conociese de su causa, pues era el único que tenía poder para sentenciarle.

Pero los de la mayoría, que era de diez contra uno, desvanecieron estas objeciones declarando, que no había duda de que Atahualpa era delincuente, y que estaban prontos á cargar con la responsabilidad de su castigo. Que se enviaría al emperador una relación circunstanciada de todo lo hecho, y que de ese modo verían quienes eran fieles servidores de la corona, y quienes sus enemigos. La disputa se aclaró tanto que llegó á temerse un rompimiento escandaloso, hasta que convencidos los del partido más débil de que toda oposición era inútil, al fin callaron aunque no se convencieron, y hubieron de contentarse con estender por escrito una protesta contra todo lo ejecutado, que en su opinión iba á cubrir de ignominia á cuantos tomaran parte en ello.<sup>27</sup>

<sup>27</sup> Garcilaso nos ha conservado los nombres de algunos de los que resistieron con tanto valor, pero con tan mal éxito, al clamor general que pedía la sangre del Inca. (Com. Real., Parte 2, lib. 1, cap. 37.) Tenían sin duda razón en negar el derecho de semejante tribunal para ponerse á juzgar á un príncipe independiente como el monarca peruano; pero no iban tan acertados en suponer que el emperador su amo tenía mejor dere-

Cuando se intimó al Inca la sentencia, perdió enteramente el ánimo. A la verdad, hacia ya tiempo que aguardaba semejante resultado, y aun así lo había dado á entender á las personas que le rodeaban; pero hay mucha diferencia de mirar tal suerte como probable, á tenerla ya por cierta, y además verla tan próxima y cerciorarse de ello de un modo tan repentino. Esta convicción aterradora le abatió del todo por un momento, y con lágrimas en los ojos, exclamó: “¿Qué hemos hecho yo ó mis hijos para que me traten de esta manera? Y que lo hagáis vos,” añadió dirigiéndose á Pizarro, “vos á quien mi pueblo ha tratado con tanta amistad y benevolencia, con quien he partido mis tesoros, y que no habeis recibido de mí sino beneficios.” Pidió luego con las expresiones más patéticas que se le perdonase la vida, ofreciendo dar cuantas prendas se le pidiesen para la seguridad del último Español del ejército, y prometiendo dar un rescate doble del entregado, con solo que se le diese tiempo para reunirlo.<sup>28</sup>

Un testigo de vista nos asegura que Pizarro se mostró muy conmovido cuando se quitó de la presencia del Inca, á cuyas suplicas no podía acceder contra el clamor general del ejército, y lo

cho. Vattel (lib. 2, cap. 4.) condena espresamente este pretendido proceso de Atahualpa, como una violación manifiesta del derecho de las naciones.

<sup>28</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 3, cap. 4.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 7.



que él mismo pensaba sobre la tranquilidad del país.<sup>29</sup> Viendo Atahualpa que le era imposible ablandar el ánimo del Conquistador, recobró su habitual entereza y se resignó á su suerte con todo el valor de un guerrero americano.

La sentencia del Inca se publicó á son de trompeta en la plaza principal de Caxamalca; y dos horas despues de anochecido se juntaron los Españoles en la plaza á la luz de las teas, para presenciarse la ejecución de lo mandado. Esto pasaba el 29 de Agosto de 1533. Sacaron á Atahualpa con grillos y esposas, porque le tenían cargado de cadenas desde que se alborotó el ejército por los anuncios del ataque de los naturales. Iba á su lado el Padre Fr. Vicente de Valverde, tratando de consolarle y conseguir al mismo tiempo, si era posible, que en esta hora postrera abjurase sus errores y abrazase la religion de los Castellanos. Quería que el alma de su víctima se librase en el otro mundo, de la terrible espacion, á que en este había condenado con tanto gusto el cuerpo mortal.

Durante el encierro de Atahualpa, el fraile le había explicado repetidas veces los dogmas del cristianismo, y el monarca indio comprendía con mucha facilidad lo que le enseñaba su maestro.

<sup>29</sup> "Yo vide llorar al marqués," el riesgo que había en la tierra dice Pedro Pizarro, "de pesar si se soltaba." Descub. y Conq., por no pódelle dar la vida porque MS.  
cierto temió los requerimientos y

Pero este no había conseguido convencerle, y aunque le escuchaba con paciencia, nunca se había mostrado dispuesto á abandonar la fé de sus padres. El dominico hizo la última tentativa en esta hora solemne, y cuando vió á Atahualpa atado al poste y redeado de los haces de leña que iban á alimentar la fúnebre hogera, empuñó la cruz, y le pidió que la abrazase, y recibiese el bautismo, ofreciéndole que de hacerlo así la cruel muerte á que había sido condenado, se le conmutaría en otra mas suave por medio del garrote.<sup>30</sup>

El desdichado monarca preguntó si aquello era verdad, y confirmándolo Pizarro, consintió en renunciar su religion y recibir el bautismo. El Padre Valverde desempeñó la ceremonia, y el nuevo converso recibió el nombre de Juan de Atahualpa, por celebrarse la fiesta de San Juan Bautista el mismo día en que se verificó este suceso.<sup>31</sup>

Atahualpa manifestó ser su voluntad el que

<sup>30</sup> Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 234.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Conq. i Pob. del Piru, MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 400.

El garrote es un género de suplicio que se ejecuta por medio de una cuerda que rodea el cuello del criminal con un palo atravesado en la parte de atras, y

dando vueltas á este palo se aprieta la cuerda y resulta la sufocacion. Probablemente se verificaria así la ejecución de Atahualpa. En España, en vez de cuerda, se emplea un collar de hierro que por medio de un tornillo oprime la garganta del paciente.

<sup>31</sup> Velasco, Hist. de Quito, tom. I. p. 372.



sns restos fuesen llevados á Quito su patria, para que reposasen allí junto á los de sus antepasados por linea materna. Volviéndose luego á Pizarro le pidió, como por última súplica, que cuidase de sus hijos pequeños y les tomase bajo su proteccion. ¿No hallaria por ventura entre aquellos feroces soldados que le rodeaban, ningun otro á quien pudiese recomendar su familia? Acaso creyó que no habria otro mas capaz de protegerla, y que su último deseo expresado de un modo tan solemne en aquella hora, seria respetado aun por su vencedor. Recordando entonces su estóica serenidad, turbada por un momento, se entregó en manos de sus verdugos, mientras que en derredor suyo los Españoles rezaban en voz baja el *Credo* por el descanso de su alma.<sup>32</sup> ¡De esta manera, y co-

32 "Ma quando se lo vidde apressare per dover esser morto, disse che raccomandava al Governatore i suoi piccioli figliuoli che volesse tenersegli apresso, & con queste vltime parole, & dicendo per l'anima sua li Spagnuoli che erano all'intorno il Credo, fu subito affogato." Pedro Sancho, Rel., ap. Romusio, tom. III. fol. 399.

Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 234.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Conq. i Pob. del Piru, MS.—Relacion del Primer. Descub.

MS.—Zárate, Conq. del Perú, ib. 2, cap. 7.

La muerte de Atahualpa tiene muchos puntos de semejanza con la de Caupolican, el gran gefe auracano, segun se halla referida en el poema histórico de Ercilla. Ambos abrazaron en el cadalso la religion de sus conquistadores, aunque Caupolican no logró tan buena fortuna como el monarca peruano, porque su conversion no le libró de las torturas de la mas inhumana muerte. Fue empalado y asaeteado. Aquellos vigorosos versos pintan tan al vivo el carácter de estos primiti-

mo un vil malhechor, pereció el último de los Incas!

Ya he hablado antes de la persona y cualidades de Atahualpa. Era de rostro hermoso, aunque tenia una espresion demasiado fiera para ser agradable. Su cuerpo era robusto y bien proporcionado; su porte magestuoso; y en su conducta, mientras estuvo en poder de los Españoles, se notaba cierta cortesania, mezclada de un ligero tinte de tristeza que le daba mayor atractivo. Le acusan de cruel en sus guerras, y sanguinario en su venganza.<sup>33</sup> Puede ser cierto; pero el pincel de un enemigo es fácil que recargue las sombras del retrato. Confiesan que era animoso, entendido y franco.<sup>34</sup> Todos

vos aventureros, en que el fanatismo del cruzado andaba mezclado con la crueldad del conquistador, y son tan análogos al caso presente, que de buena ganancia yo el pasage entero, si no me lo impidiera su mucha extension. V. La Araucana, Parte 2, canto 24.

33 "Así pagó," dice Xerez, "los grandes males, i crueldades que en sus Vasallos havia hecho; porque todos á vna voz dicen, que fue el maior Carnicero, i cruel, que los Hombres vieron; que por mui pequeña causa asolaba vn Pueblo, por vn pequeño delito, que vn solo Hombre de el hoviese cometido: i mataba diez mil Personas." (Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p.

234.) Xerez era el secretario particular de Pizarro. Sancho, que sucedió á Xerez en el oficio cuando este marchó á España, paga un tributo mas decente á la memoria del Inca, quien confía, "habrá alcanzado la gloria, pues murió arrepentido de sus culpas, y en la verdadera fé de Cristiano." "Iddio lo conduca alla sua gloria, & con pura penitencia de suoi peccati, & vera fede di Christiano prese questa morte." Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 399.

34 "El era muy regalado, y muy Señor," dice Pedro Pizarro. (Descub. y Conq., MS.) "Mui dispuesto, sabio, animoso, franco," dice Gomara. (Hist. de las Indias, cap. 118)